

HAMLET IS THE WALRUS: LAS POLÉMICAS DE SHAKESPEARE

Conferencista: Ricardo Camacho
Moderador: Carlos Jaime Fajardo
Relator: Laura Gallo Tapias

En respuesta a la carta de un estudiante de secundaria que afirmaba que en sus clases el profesor pedía a los niños que analizaran las canciones de los Beatles, John Lennon escribió en 1967 “I am the walrus”, una de sus muchas canciones aclamadas por el público y por la crítica. Su intención, como lo sostuvo en múltiples entrevistas, era confundir, problematizar, crear algo sin ningún sentido unívoco, pues criticaba la idea de que el contenido de una obra fuera directamente asimilable a una “intención” del autor: “All my writing has always been for laughs or fun or whatever you call it –I do it for me first- whatever people make of it afterwards is valid, but it doesn’t necessarily have to correspond to my thoughts about it. OK?”. Lennon lleva esta apreciación aún más lejos: “This goes for anybody’s books, ‘creations’, art, poetry, songs, etc. –the mystery and shit that is built around all forms of art needs smashing, anyway”.

La actitud desafiante de Lennon es quizás una postura radical, pero funciona como un buen punto de partida para pensar en los temas discutidos en la sesión de Lecturas Compartidas del pasado 10 de mayo. Titulada “Las polémicas de Shakespeare”, la conferencia del profesor y director de teatro Ricardo Camacho abordaba aquellos aspectos que aún hoy son discutidos sin alcanzar un consenso en torno a la vida y obra de William Shakespeare. A primera vista, además del país donde



nacieron, estos dos artistas poco tienen en común¹. No obstante, en este texto sostengo que la postura del integrante de los Beatles es relevante porque pone sobre la mesa una serie de preguntas que se entrelazan con la discusión que se desarrolló durante la sesión, a saber: ¿cuál es la relación entre la obra y la biografía del autor? ¿qué tanto de ésta última se conoce por los textos? ¿qué es lo que sobrevive a la posteridad y cómo es su recepción por parte del público?

Camacho se ocupó de una serie de problemas que, según dijo, pueden desglosarse en diferentes niveles. En primer lugar, mencionó que, para él, Shakespeare “es una multinacional, es una industria cultural que mueve más dinero que los Beatles”. Su fama, en efecto, es incontestable: sus obras se han publicado, estudiado, representado, editado y reeditado durante siglos en el mundo entero, y aún hoy son de gran interés en los ámbitos académicos y culturales. Sin duda, se trata de uno de los escritores fundamentales de la cultura occidental.

Esto nos lleva a pensar en el lugar que ocupa este escritor como figura canónica de la literatura y el teatro, y en consecuencia a cuestionarnos acerca de qué criterios de valorización y priorización (así como de exclusión) se han usado para definir al escritor británico como “el más grande escritor de la lengua inglesa”. Con respecto a esto, Camacho mencionó a Harold Bloom, uno de los grandes expertos contemporáneos en Shakespeare, cuyos ensayos sitúan al dramaturgo como figura central de la literatura y del pensamiento occidental por su uso excepcional del lenguaje y por sus profundas reflexiones sobre la condición humana. Él sostiene que “Shakespeare sobrepasa a todos los demás al evidenciar una psicología de la mutabilidad. [...] No se trata tanto del diálogo de la mente consigo misma, ni de un reflejo de la guerra civil de la psique, como de la reacción de la vida a aquello en que la literatura se ha convertido. Shakespeare, desde Falstaff en adelante, añade a la función de la escritura de imaginación, que era enseñarnos a hablar con los demás, la ahora dominante, aunque más melancólica, lección poética: cómo hablar con nosotros mismos” (Bloom 58-59).

En relación con este primer asunto, el expositor trajo a colación el hecho de que, como Homero, Dante, Goethe o García Márquez, Shakespeare “es uno de esos escritores que están rodeados de un mito tan grande que es difícil para el lector tener una relación limpia y directa con el texto o con su representación”. Para él, esta mistificación resulta en ocasiones en una mala interpretación de los textos o en una academización de sus lecturas que privilegiarían solamente el análisis de sus aspectos más sofisticados, cuando la recepción del público al que iban dirigidas las obras

¹ Una pequeña anécdota sirve para acortar un poco esta distancia. Cuando “I am the walrus” fue oficialmente lanzada al aire en 1967, Lennon se encargó de que en la transmisión radial se traslapara la canción con la declamación simultánea de un fragmento de *El rey Lear* para enfatizar el sinsentido.



originalmente era prosaica y espontánea, pues “Shakespeare sale del movimiento teatral más importante en términos cuantitativos de la historia de la humanidad: cualquier inglés tenía una relación directa con el teatro”. En este sentido, parece estar de acuerdo con Bloom cuando éste afirma que “el canon, una vez lo consideremos como la relación de un lector y escritor individual con lo que se ha conservado entre todo lo que se ha escrito, y nos olvidemos de él como lista de libros exigidos para un estudio determinado, será idéntico a un Arte de la Memoria literario, sin nada que ver con un sentido religioso del canon. La memoria es siempre un arte, incluso cuando actúa involuntariamente” (27).

Un segundo problema, fundamental a la hora de entender el asunto desde una mirada histórica, consiste en la polémica sobre si en efecto William Shakespeare, quien supuestamente nació en 1564 y murió en 1616, existió o no, y sobre si escribió todas las obras que se le adjudican. Aunque no es muy conocido por fuera del ámbito académico, el debate sobre la autoría shakesperiana existe desde hace más de 200 años, pues los documentos que demuestran la existencia del dramaturgo son pocos y poco convincentes. Decía Camacho que se conservan un testamento, unas doce o quince firmas que no coinciden entre sí, un documento de las autoridades locales por pleitos con los vecinos. Hay un acta de nacimiento, una de matrimonio y una de muerte, pero no se sabe dónde están sus restos ni hay manera de comprobar si este hombre es también quien escribió las obras de teatro más leídas de todos los tiempos. Era más conocido su actor, Richard Burbage, de quien se tienen registros confiables y coherentes. Durante su vida, Shakespeare no publicó ninguna obra de teatro, solo sonetos. Ben Johnson, su contemporáneo, publicó sus obras, pero no se tienen pistas determinantes sobre su vida y escritura.

El expositor habló acerca de la teoría oxfordiana de la autoría, la cual argumenta que no pudo ser él el escritor, pues por la sofisticación del lenguaje y de las referencias cultas en los textos tenía que tratarse de un noble, muy educado y políglota. Una posibilidad consiste en que Shakespeare habría prestado su nombre a Edward de Vere, duque de Oxford, como testafierro, ya que éste último no podría por su posición social participar en el teatro popular isabelino. Camacho afirmaba que el teatro de Shakespeare tiene un carácter enciclopédico, pues exhibe constantemente un conocimiento sin igual de taxonomía, etiqueta, derecho, entre otros. Además, afirmó, “se supone que hay más de 10’000 palabras en inglés de las que no hay registro antes de él”. Para él, en vista de que no hay evidencia terminante de que el autor haya existido, lo mejor es concentrarse en la obra.

Sin embargo, esta postura supone una dificultad adicional, pues los textos que a los que se tiene acceso en la actualidad han pasado por intrincados procesos de edición y traducción que los han alejado enormemente de los originales. Así, el tercer punto



sobre el que habló el conferencista se refiere a las polémicas concernientes a la traducción, edición y circulación de las obras shakesperianas. Él refirió que las ediciones originales se dividen en dos, el in-cuarto y el in-folio, publicadas en distintos momentos y en distintos formatos. Durante su vida, los guiones teatrales se “pirateaban”, se compraban y vendían como borrador por los actores y las compañías de teatro, con borrones y anotaciones incluidos. Solo en 1623, 7 años después de su muerte aparece lo que hoy en día se conoce como el *First folio*, que reúne una treintena de sus obras, editadas por dos amigos de él.

El teatro shakesperiano, entonces, a pesar de su carácter canónico y universal, consiste en versiones corrompidas y heterogéneas de las obras. Camacho mencionaba que se conocen al menos tres versiones diferentes de *Hamlet*, publicadas respectivamente en 1602, 1604 y 1623; señalaba, también, algunas inconsistencias y alteraciones inexplicables en los textos, como el personaje del bufón en *Otelo*, que a su modo de ver habría sido “embutido” en la obra por alguien distinto al autor para hacer que ésta fuera menos sombría. Esto planteaba la siguiente incógnita: ¿existían los derechos de autor en la época de Shakespeare?

En cuanto a las traducciones, citó como ejemplo la que hizo Luis Astrán Marín al español, en la que pasó del verso a la prosa todas las obras, perdiendo así parte sustancial de la singularidad del lenguaje. En vista de que la métrica y el léxico del teatro shakesperiano e isabelino eran muy particulares (se utilizaban la prosa, la retórica y el pentámetro yámbico, como el famoso verso “to be or not to be” de cinco pies en el que la primera sílaba es inacentuada, la segunda acentuada, etc.), el conferencista enfatizaba en el carácter incompleto de cualquier análisis, representación o reproducción contemporáneo. Mencionó que, si bien se ha intentado retomar la obra original, las ediciones y traducciones han sido hechas por traductores pero no por gente de teatro. Así, se tiende a olvidar que Shakespeare fue “ante todo un actor: no se trata de la fidelidad al texto sino de cómo se enuncia ante un público un diálogo”. Para él, la mejor edición es la de Austral, traducida por Ángel Luis Pujante.

Como lo mencioné al inicio del texto, a primera vista la relación entre la afirmación de John Lennon sobre el arte y “las polémicas de Shakespeare” no resulta del todo evidente. Sin embargo, considero que al menos una pregunta fundamental – central a la crítica y a los estudios literarios, por lo demás- sirve de puente entre las dos reflexiones: más que al intento de especular sobre la intención que tenía Shakespeare al escribir y representar sus obras, esta pregunta siempre irresuelta se refiere a la manera en que el público, culto o no, isabelino o no, se ha apropiado históricamente de las obras para hacerlas partes del canon occidental. Aún cuando él no lo sostuvo abiertamente en ningún punto de su intervención, me inclino a pensar que Ricardo Camacho estaba de acuerdo así fuera implícitamente con la postura de



Lennon y con la de Harold Bloom: lo valioso es el texto mismo y lo que se esboza en él de cierto uso sublime del lenguaje, así como la profunda reflexión acerca de la condición humana. La presentación de generó más preguntas que respuestas; pero, como bien lo dijo Lennon, “the mystery and shit that is built around all forms of art needs smashing, anyway”.

Referencias:

Bloom, H. El canon occidental. Anagrama. 2015, Barcelona.

Davies, H. (Ed.). The John Lennon Letters. W&N. 2012, Londres.

